

9. El deseo es una respuesta

“Una sima grita a otra sima al estruendo de tus cascadas.” (Sal 41,8)

En nosotros, el deseo es siempre una respuesta, porque Dios nos llama a sí desde el momento en que nos crea. Deseamos porque estamos llamados, porque hay una voz que nos llama y nos vuelve a llamar, una voz que a menudo es “el susurro de una brisa suave” (1 Reyes 19,12) o, precisamente, “el estruendo de las cascadas”. Pero esta voz siempre suscita la respuesta del deseo; siempre esta voz, si se percibe, despierta el eco del abismo de nuestro deseo. Un deseo que surge en nosotros, como una llama que se enciende, o, mejor dicho, que se reaviva, avivada por una brisa. El deseo que brota del corazón humano, como las notas del *Sicut cervus* de Palestrina, es una respuesta y, por tanto, es siempre el deseo de alguien, una respuesta a alguien que nos llama.

Un deseo que, en cambio, se dispersara en un vago sentimiento romántico y melancólico sería como una respuesta que se pierde en el viento, tal y como cantaba Bob Dylan: “*The answer, my friend, is blowin' in the wind*”, una respuesta que no llega a quien, al llamarnos, nos ha planteado la pregunta de nuestra vida, creando nuestro corazón como deseo de Él.

Un estudiante me ha enviado un poema maravilloso del poeta italiano Giorgio Caproni:

“Todos recibimos un regalo. / Después, ya no recordamos / ni de quién ni qué es. / Solo conservamos / —punzante e implacable— / la espina de la nostalgia”. (*Generalizzando*; de *Res amissa*, 1991).

Pues bien, para no quedarnos ahí, en una nostalgia que nos atormenta como una espina, para no encerrarnos en una melancólica tristeza que vive la falta sin desear la plenitud, debemos partir de nuevo de un silencio, de una escucha, de un oído atento a la voz del abismo del misterio de Dios que llama al abismo del misterio de nuestro corazón.

“Ojalá escuchéis hoy su voz : No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto” (Sal 94,7b-8). Es la invitación del salmo invitatorio que, según la Regla de San Benito, debe dar inicio al Oficio Divino de cada día, entre la noche y la mañana. Cada día es un renacer si reavivamos el deseo que responde a la voz del abismo de Dios que nos llama.

No hay peor comienzo del día que partir de la escucha de cualquier otra voz que no sea la del Misterio que nos llama a vivir para estar con Él. Cuántas veces nos despertamos escuchando la voz de nuestras preocupaciones, de los problemas que tenemos con los demás, o escuchando la voz de la ira por una injusticia o una hostilidad que estamos sufriendo, o la voz de nuestras pretensiones y ambiciones, o de nuestras ideas y convicciones en conflicto con las de los demás. Nos levantamos, es decir, sin obediencia, en el sentido etimológico de *ob-audire*, es decir, “escuchar ante alguien”, prestar atención a un Otro.

Nos despertamos escuchándonos a nosotros mismos, en lugar de despertarnos como la novia del Cantar de los Cantares:

«¡Un rumor...! ¡Mi amado! (...) / Habla mi amado y me dice: /"Levántate, amada mía,

hermosa mía y ven". (...) / Paloma mía, / en las oquedades de la roca, / en el escondrijo escarpado, / déjame ver tu figura, / déjame escuchar tu voz: / es muy dulce tu voz / y fascinante tu figura.» (Ct 2,8-14)

¡Qué bonito sería poder despertarnos así cada mañana, escuchando la voz de Jesús que nos promete la belleza de todo si tan solo le escuchamos, le acogemos y le seguimos! ¡Qué bonito sería entregarnos al ardiente deseo de Dios, que anhela que le escuchemos, que nos presentemos con todo nuestro ser ante Él, que nos llama!

Estamos escondidos en las grietas rocosas en las que acaba encontrándose toda vida humana encerrada en sí misma. Desde fuera nos llama un Amor infinito, una pasión loca por nosotros, por la relación con nosotros, un deseo ardiente de escuchar nuestra voz y de contemplar nuestro rostro; un Amor que, al proceder de Aquel que nos crea, es para nosotros como una luz que haría resonar plenamente la dulzura de nuestra voz —es decir, de nuestra forma de expresarnos— y resplandecer plenamente la verdadera belleza de nuestro rostro, es decir, de nuestro estar ante Él y ante todos y todo.

Pienso en los jóvenes que, en el terrible incendio del 1 de enero en Crans-Montana, en Suiza, perdieron su rostro, la belleza de su rostro. Han perdido el rostro y las manos, lo que visualmente define a una persona ante los demás. ¡Cuán importante es rezar para que estos jóvenes descubran que nuestro verdadero rostro no es el que vemos en el espejo, sino el que se esconde en la mirada de Dios sobre nosotros, en la mirada amorosa del Padre hacia nosotros! Eso es lo que nosotros, monjes y monjas, deberíamos descubrir, vivir y dar testimonio en primer lugar y cada día, para ser un signo de contradicción, lleno de propuesta positiva, en este mundo narcisista en el que uno se define a sí mismo únicamente ante el espejo.

Tal y como reza el estribillo de los salmos 41 y 42: ¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué gimes dentro de mí? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: Salud de mi rostro, Dios mío". (Sal 41,6.12; 42,5)

Si responder a su llamada, a nuestra vocación, no es esto, no es así, ¿de qué sirve? ¿De qué le sirve a mi humanidad seguir una vocación, sea cual sea —la virginidad, el matrimonio u otra cosa—, si mi "sí" no es para permitir que Cristo haga aflorar en nosotros, entre nosotros y ante el mundo entero esta belleza, reflejo de la suya, la belleza que somos a los ojos de su amor, de su compasión? La belleza que Cristo hizo surgir en Juan, Andrés, Pedro, María Magdalena, la samaritana, en Zaqueo y en todas las personas con las que se encontró.

Cada vez que rezamos el *Ángelus* o rezamos ante la imagen de la Madre de Dios, como se hace cuando en todos los monasterios cistercienses se canta cada noche el Salve Regina, deberíamos pensar en la correspondencia cristalina de la Virgen a esta pasión del Señor por nosotros —no en vano la Liturgia utiliza el Cantar de los Cantares para venerar a la Virgen María—, y deberíamos unirnos a la perfección de su "estar" ante Él, para que, a través de su maternidad, el Espíritu pueda crear en nosotros nuestro verdadero rostro de hijos del Padre.